tribuna

LA EXCLUSIÓN QUE SE SUFRE EN BARRIOS DE TRABAJADORES EN SEVILLA

La sociabilidad lograda durante años por quienes huían de la ruina y la marginación se descompone por causas que tienen su origen fuera de allí

Las raíces de la marginación

Isidoro Moreno

ESTOS días se ha producido la práctica ocupación de varios barrios de la ciudad por grupos de jóvenes motorizados que atacan establecimientos bancarios y vehículos en los que creen puede haber policías o periodistas, llenan las paredes de pintadas y siembran la noche de pequeños incendios impidiendo la labor de los bomberos. No se trata de verdaderas bandas de delincuentes, tipo Chicago años 20, sino de pandillas de jóvenes que se han agrupado espontáneamente, desde su punto de vista con solidaridad, contra quienes consideran culpables de la muerte –que ellos afirman asesinato– de uno de ellos. Son pandillas que practican la pequeña delincuencia de los robos de coches, los tirones o los atracos a gasolineras, farmacias o estancos.

Los vecinos de estos barrios, lógicamente, tienen miedo, y este miedo se convierte en indignación al no ver actuar a quienes son responsables del orden público, ni escuchar una palabra a ningún político (todos están en la playa, o de viaje, y se creen, de verdad, que, al igual que ellos, todos los sevillanos están veraneando). Basta escuchar por la radio a cualquier vecino o vecina para comprobar que todos exigen lo mismo: más policías. Y la misma petición está en boca de los líderes de las asociaciones vecinales y de los partidos de la oposición. Pero tendríamos que preguntarnos: ¿es ésta, de verdad, la solución al problema? Veamos algunas cuestiones.

En primer lugar, y en contra de lo que se está diciendo, el hecho no ha sucedido en un *barrio marginal*. Dar esta calificación a Los Pajaritos, La Candelaria y Madre de Dios –los Tres Barrios– y la mayor parte del actual Amate, no es justo ni correcto. Estos barrios fueron en sus inicios, y continúan siendo en su inmensa mayor parte, barrios obreros. A ellos vino buena parte de la población expulsada de los antiguos barrios tradicionales por la ruina, el hacinamiento y la especulación del suelo, pero ellos fueron también un escalón de mejora al que aspiraron miles de sevillanos que malvivían en los refugios falsamente provisionales. En ellos, sobre todo en Tres Barrios, como también en el Tardón, el Polígono de San Pablo, Pío XII, La Oliva y otros nuevos núcleos de la ciudad, esa población echó raíces y consiguió reproducir unas relaciones sociales y una forma de ver y estar en el mundo que son las que hacen que esos barrios sean también Sevilla. Frente a la idea, falsa, de automarginación o de miseria, los vecinos de esos, y otros, nuevos barrios sevillanos crearon centros de sociabilidad informal y asociativa, viviendo con limpia dignidad en su modesta economía de trabajadores y presionando, a veces, para mejorar sus infraestructuras y equipamientos.

A partir de hace unos años, sin embargo, es cierto que en todos estos lugares, al igual que en otros e incluso en zonas del centro de la ciudad, han aparecido, o se han incrementado notablemente, las *bolsas de marginación*, constituidas, en su mayor parte, por jóvenes y adolescentes. ¿Son esos barrios de trabajadores los que produjeron la marginalidad o ha sido fruto de la exclusión que los intereses dominantes en la sociedad ha realizado respecto a muchos de quienes viven en ellos? En modo alguno se trata de legitimar la violencia urbana, ni de estar en contra de las necesarias medidas de seguridad públicas. Pagamos nuestros impuestos y es legítimo, e incluso obligado, exigir que las Administraciones gasten fondos en garantizar a los ciudadanos que no van a sufrir impunemente agresiones, en lugar de emplearlos en *bunkerizar* las costas andaluzas o en readoquinar con losas-basura las calles del centro. Pero si nos quedamos en esto, sólo conseguiremos alimentar la espiral perversa que conduce a una mayor violencia. Porque la mal llamada hace unos años, en otros países, *violencia sin causa* sí las tiene. Sus bases son la falta de perspectivas vitales, la práctica desaparición de los empleos indefinidos, el paro o la sobreexplotación descarada de los jóvenes, la imposible consecución de una vivienda para emprender un proyecto de vida adulto...; la exclusión, en suma, del grupo de los que pueden aspirar a una vida *normal*. Es todo esto lo que conduce a cada vez más jóvenes al camino aparentemente fácil de vivir de los beneficios de la pequeña delincuencia, casi siempre relacionada con la droga. (¿Para cuando un debate serio sobre la legalización de ésta, que haría bajar espectacularmente la delincuencia?)

Enfocarlo sólo como un problema de ciertos barrios sólo conducirá a una ciudad inhabitable

Y convendría también analizar qué responsabilidad tienen también en la adopción de este camino los modelos sociales de triunfadores sin formación ni esfuerzo –los *famosos* que constantemente nos enseñan las televisiones: vividores, parásitos sociales o héroes de usar y tirar– y la educación que se dio a quienes tienen ahora entre catorce y veintialgunos años.

Si la sociedad apenas ofrece oportunidades de trabajo, la escuela no motiva para el autoesfuerzo, las familias han abdicado de su responsabilidad y los valores sociales sólo impulsan a la mercantilización y a la reafirmación del ego, ¿cómo podemos sorprendernos de la marginación de muchos jóvenes y su *guetización* en barrios obreros empobrecidos? El problema es complejo, pero sus verdaderas raíces están fuera de los lugares donde se presenta y de las personas que lo sufren. Enfocarlo sólo como un problema de ciertos barrios, además de estigmatizar injustamente éstos, sólo conducirá a una mayor desvertebración social y a una ciudad cada vez más inhabitable.

→**Isidoro Moreno** es catedrático de Antropología Social en la Hispalense

la almuzara

Mario Vargas Llosa

Manuel Pimentel

FINALIZO la lectura del libro escrito por J. J. Armas Marcelo *Vargas Llosa. El vicio de escribir*, un interesante ensayo de la obra y la trayectoria humana, política, intelectual, y sobre todo literaria, del genial escritor peruano. Es un libro recomendable, especialmente para aquellos jóvenes que se sientan tentados por la pasión literaria. He de reconocer, como le ocurre al autor del libro, que Vargas Llosa es uno, por no decir el que más, de mis escritores preferidos. Desde que leí con fascinación, deslumbrado diría yo, su *La ciudad y los Perros*, en mis años universitarios de Córdoba esperaba el momento en que Vargas Llosa publicara un nuevo libro, para reiterar la deliciosa liturgia de acercarme a la librería para adquirirlo, leerlo, y colocarlo en mi biblioteca junto a su obra precedente.

Aprovecho para releer el libro que otro excelente escritor y periodista, peruano también pero sevillano de adopción, Fernando Iwasaki, escribió en 1992, *Mario Vargas Llosa, entre la libertad y el infierno*, en el que analiza su campaña electoral de 1990 y su inesperada derrota ante el entonces casi desconocido Fujimori. La historia de un escritor que quiso ser presidente.

Su compromiso ante la realidad que le toca vivir es evidente

Vargas Llosa es mucho más que un vicioso de la escritura y una brillante pasión literaria. Su obra está comprometida con su tiempo, haciendo bueno aquello que exclamara en su famoso discurso *La literatura es fuego*, en el que definía a los escritores como los profesionales del descontento, los perturbadores de la sociedad, los rebeldes con causa, los insurrectos irredentos del mundo, los insoportables abogados del diablo. Su compromiso ante la realidad que le toca vivir es evidente: aunque sus palabras quemen, seguirá escribiéndolas. Es su destino que le impulsará a librar las treinta y dos guerras del coronel Aureliano Buendía, aunque, como a él, le derroten en todas.

Desde nuestra cálida Andalucía, le deseamos que logre ganar su batalla número treinta y tres, y que pueda recibir pronto el Nobel de Literatura, que por mérito propio merece. El galardón no le aportará ni un ápice de gloria literaria, que la tiene toda, pero vendrá a saldar una vieja deuda, ya demasiado ostentosa.

la ciudad y los días

Arquitectura 'Asereje'

Carlos Colón

ES necesario abolir el juicio crítico y relativizar el gusto estético para que el consumidor quede a merced de lo que en cada momento a la industria le convenga imponerle. Es necesario, también, borrar el pasado y la memoria para que sólo se consuma amnésica y frenéticamente lo producido para usar y tirar, y para que no existan parámetros comparativos. A esta libertad de los vendedores e indefensión de los consumidores se le llama *gusto popular* o derecho de elección del consumidor. Mientras, la crítica se confunde interesadamente con la imposición por parte de una elite de su propio gusto y el establecimiento de patrones estéticos objetivos –en la medida en que descansan en un juicio razonado y en un gusto educado en la observación y disciplinado en el conocimiento de la historia– es acusado de arbitrariedad subjetiva.

Esto es así desde esa reveladora cancioncilla en la que se dice que "mi gente quiere bailar, mi gente quiere gozar, mi gente no quiere que le coman la cabeza" hasta la telebasura, pasando por la arquitectura que da forma urbana a esta amnésica cultura de la nada. La ciudad también resulta ser un espacio en el que políticos y arquitectos borran la huella de la historia, desactivan toda crítica como subjetiva e imponen sus obras como actuaciones ante las que sólo cabe el silencio o la opinión *arbitraria* y *subjetiva*. Es más cómodo así, desde luego. Ser arquitecto teniendo en cuenta tanto la historia (es decir, que se interviene en espacios en los que ésta no debe ser ignorada) como las corrientes más creativas de la arquitectura actual (es decir, que se interviene en un momento dado del desarrollo de las formas arquitectónicas) es más difícil y exige mayor talento que serlo ignorando lo primero y lo segundo. Podríamos llamar *arquitectura asereje* a ésta que desprecia tanto el entorno histórico como el presente creativo, escondiendo su falta de talento tras el famoso subjetivismo relativista que, al dar el mismo valor a toda opinión, le quita valor a todas.

La 'cosa' que se ha construido en Francos prolonga la cascarria desarrollista de su derecha y choca con la belleza regionalista de su izquierda

En el caso de la arquitectura se suele jugar, además, con dos barajas. A este escudarse tras esa estratégica devaluación del juicio crítico se suma el chamanismo gremialista que pretende atribuirse de forma exclusiva la última palabra. Es cómodo este doble juego: el subjetivismo del gusto hace irrelevante toda opinión al tiempo que el gremialismo reserva la única palabra competente a los brujos de la profesión. Vean la *cosa* que se ha construido en la calle Francos, frente a Peyré. Prolonga con naturalidad la cascarria desarrollista de los sesenta/setenta que está a su derecha y choca violentamente (pese a compartir el ladrillo) con la belleza regionalista que está a su izquierda y enfrente. No es arquitectura moderna sino mala y fea arquitectura de hoy, que no es lo mismo. Pero ya se sabe: esto es sólo una opinión profana y subjetiva. "El libro de los gustos está en blanco" suelen decir quienes tienen el cerebro como el libro al que invocan.

→ccolon@diariodesevilla.es